6602

Baturoni Geronino Mal vemedio

Levacruz, 1870

Las Tablas populares se venden en las librerías de Hernando, calle del Arenal, núm. 11; de la viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9; en la de Durán, Carrera de San Gerónimo. núm. 2, y en las librerías principales de las provincias.

Precio 4 reales para Madrid y provincias.

En las mismas librerías se venden tambien las siguientes obras del mismo autor.

EL NUEVO CONTADOR Ó la Aritmética simplificada, con aplicacion al sistema métrico, duodécima edicion.

Precio 8 reales en Madrid y 9 para las provincias, franco el porte de correo.

Tablas Gráfico-métrico decimales de correspondencia recíproca entre las pesas y medidas antiguas y las legales del sistema métrico, novena edicion.

Precio 8 reales en Madrid y 9 reales para las provincias, franco el porte de correo.

Los pedidos de las referidas publicaciones pueden hacerse directamente al autor *D. Camilo Labrador*, calle de Cedaceros, núm. 12, cuarto principal derecha, Madrid, remitiendo el importe, bien en libranzas, bien en sellos del correo.

Cuando los pedidos lleguen á diez ejemplares de cada una de las publicaciones mencionadas, se hará una rebaja de 10 por 100.

LIBRERIA

RUFINO ESTÉBAN,

CALLE DEL CABALLERO DE GRACIA, NÚMERO 8.

Hay un abundante surtido de comedias modernas, usadas, á la mitad de su precio.



MAL Y REMEDIO, Tentativa dramática

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,
ORIGINAL

DE

 ${f G}$ erónimo ${f B}^A$ turoni,

Representada
tres veces, en el Teatro Principal de Veracruz con extraordinario éxito.



VERACRUZ.

TIP. DE 'EL PROGRESO."

Al Ciudadano General

PORFIRIO DIAZ.

Siempre he visto con respeto vuestros hechos heróicos, y admirado vuestras glorias, que son las de la patria. Siempre os he contemplado valiente en el combate y magnánimo en la victoria. Vuestra modestia es la hoja mas lozana de ese laurel que ciñe vuestra frente, en el que se ostentan los triunfos de México, que inmortalizan vuestro nombre, bendecido por los vencidos y respetado por los estranjeros.

No podia dejar de tributar un débil homenaje á vuestras virtudes cívicas, pequeño en sí, tal vez indigno, pero sincero, como hijo de los sentimientos nobles que me inspira vuestra conducta patriótica.

He escrito un drama, cuyo argumento es nacional y contemporáneo, y me he permitido dedicároslo, temiendo que tan débil obsequio no corresponda al sentimiento que me anima. Aceptadlo, General, como pequeño testimonio de las simpatías del último mexicano.

En él me ha guiado el tema santo de la extincion de la guerra civil y de la union de los mexicanos. Vos sois el primer apóstol de esta doctrina, y ninguno mejor que vos puede juzgar de mis trabajos. Atrás la discordia y paso libre á la justicia! Estas son vuestras ideas, esas las mias: somos hermanos en el espíritu, y al tenderos mi mano, lo hago con la efusion del patriota y el amor del republicano.

Recibid, mi General, las protestas de mi cariño.

G. BATURONI.

Personajes.

Actores.

Dolores	Sra.	D. Rosa Delgado de Annexy.
Amalia	Sta.	Isabel Delgado.
Manuela	u	Enriqueta Delgado.
Cárlos	D.	Secundino Annexy.
Enrique	"	Baltasar Torrecillas.
BLAS	"	José M. Arcay.
Рере	4	Nicolás Plata.
COMANDANTE	α	José del Pozo.
Un asistente	"	Felipe Gallegos.
Un oficial		

La accion del drama se supone en la capital de la República, bajo la administracion del Sr. Comonfort.

Esta obra es propiedad de su autor, quien perseguirá ante la ley á quien la reimprima ó represente sin su consentimiento.

ACTO PRIMERO.

Sala decente; puerta al fondo y una á cada costado.-A la derecha una mesita redonda con periódicos y papeles, y un sofá á la izquierda, con un bastidor de bordar.

Escena primera.

Enrique, leyendo un periódico.

Ni una sílaba siquiera encuentro de tal noticia; pero Eusebio lo asegura, ¿cuánto vámos á que es grilla? Y esto es periódico? Digo, pues cualquiera es periodista, es verdad que para serlo, bien poco se necesita. Y si no, aquí está la prueba: (examina el dia- Primero: Santo del dia;

rio)

luego, artículo de fondo, tratando de garantías, cuyo fondo, de profundo, es mas negro que la tinta. Un artículo de modas: diez sueltos de gacetilla sobre si el robo de aver se hizo de noche ó de dia, ó si hay baile en Iturbide, ó dieron una paliza al seductor de la jóven costurera de la esquina; y está formado un periódico político, de noticias, de comercio, variedades. literatura, marina,

bellas artes, religion, modas y anuncios de... píldoras. Periódicos! En verdad que son una plaga egipcia. ¡Para qué sirve un periódico

(dejando el periódico en la mesa)

que son una plaga egipcia. ¿Para qué sirve un periódico, sobre todo de política? Para hacer lo que hace este: decirnos todos los dias, que solo en nuestro partido existe gente escojida; que no es dable transijir con esas turbas sacrílegas, y aunque en eso estoy conforme. comprendo que nos obligan á exasperarnos, haciendo que fomente la anarquía. Pero si mañana el plomo, cerca de la imprenta silva, y corren mares de sangre en vez de correr de tinta, el que en este diario escribe, es el que menos peligra. Naturalmente! Ellos son apóstoles que predican, pero para empuñar armas tienen las manos muy finas. Si el periodismo siquiera predicase la armonía, la union, la paz, la concordia, de toda la gran familia mexicana: si escribieran constantes los periodistas, inculcando en nuestro pueblo, todas las virtudes cívicas; procurando que la industria cobre ánimo, y haya vida

en el comercio y las artes; que no reine la injusticia, que haya respeto á la ley, vamos, entónces seria el periodismo, mision de aplauso y respeto digna. Pero mientras los periódicos de arma de partido sirvan, á la imprenta no ha de estar la Patria reconocida.

Escena segunda.

Dicho y Pedro,

que entra con una carta por la puerta del fondo.

Pedro.—Oiga, tenga, niño Enrique, (entrega la carta) la caban de trér orita.

Enrique.—¿Conoces al que la trajo? (tomándola)

Pedro.—Pos la verdá, por la pinta, ¿quén se metaveriguar el seso, ni la familia?

Enrique. - Está bien, vete.

Pedro.— ¿Hay contesta?

(leė) Enrique.— «Caro amigo: gran noticia, leé El Omnibus de hoy (queda buscando y verás.—Manuel Urbina.» de nuevo en el diario.)

Pedro.—¿Hay contesta? Porcabajo lespéran.

Enrique.— ¿Cómo decias? ¿Tú la has visto? ¿Dónde está?

Pedro.—¿Ondestá qué?

Enrique — La noticia.

Pedro.—¿La notisia? Pos quén sabe... La contesta es la que...

Enrique. -Onita, quita de aquí, desgraciado, ó te rompo dos costillas. Largo de aquí:

Pedro. Ya me vov: (Dios quéra cáiga bolita, y satraviese este mocho.)

Enrique.—¿Qué murmuras, sabandija?

Pedro.—Pos nada, Sior.

Enrique. Mira, márchate (vase Pedro por el ó te incrusto en una silla. fondo)

(se vuelve à fijar Ah! si el maldito es de aver. en el diario y to- con razon no la veia! ma otro de la Este es el de hoy.—Aquí está, en efecto, gran noticial mesa) (leė)

«Alarma.—Desde ayer noche la tienen muchas familias. á causa de los rumores que corren, y las medidas tomadas por el Gobierno. Dos piezas de artillería se trajeron á la plaza, y un cuerpo fué à la Santísima. Se habla de conspiracion y personas detenidas.» Ahora sí estarás contento, . pobre corazon, respira! Ya siquiera no dirán los consti-tu-cionalistas. que nos faltan elementos y estamos de alacaida. A papá no va á hacer gracia desde luego la noticia; él, al fin, es liberal, y solo juzga legítima autoridad, la que emana

(deja el diario)

de la roja camarilla. Pene la verá tambien con pesar; él simpatiza con ese partido ambigüo de prudentes ó pancistas; pero, en fin, como ha de ser, la política es política, y cada uno juzga buenas sus ideas y sus teorías. Conque estaré prevenido, v si se arma la bolita, me lanzo intrépido á ella, que va me cansa esta vida de escondite y continuada humillacion è ignominia. Por tio Cárlos nada mas lo siento, que, aunque milita entre los puros, es bueno, (ra à retirarse mas él, otro tanto haría.

por la izquierda, pero ve d Pepe y se detiene)

Escena tercera.

Dicho y Pepe.

Pepe.—¿Papá no ha salido?

No. Enrioue.—

Pepe. - Pues, chico, precisa verle: el Gobierno le ha ascendido á coronel, y hoy parece lo dan á reconocer en la plaza.

Enrique.-Pues si él quiere seguir mi consejo, creo que no admitirá. No pienses que el Gobierno dure mucho, ya hay alarma.

PEPE. dY crees que si llama hoy el Gobierno à los que la fuerza tienen, no salva la situacion?

Enrique.—Si ántes, Pepe, decir quieres quienes son los de la fuerza...?

Pere.—Cómo, Enrique! ¿ignoras quiénes? Los moderados.

Enrique.— De veras que gastas buen humor, Pepe! Chico, si los moderados son hoy lo que fueron siempre, partido de medias tintas, tornasol de rojo y verde, residuo de otros residuos.

Pere. - Enrique!

Enrique.— Bah! no te alteres, esos son los moderados quieras ó no quieras, Pepe.

Pepe.—¿Y qué juzgas que el Gobierno debe hacer?

Enrique.— Para mí, tiene que dar un golpe de estado, de otra manera se pierde.

Pepe.—Hermanito, ¿qué me cuentas? ¿Conque se hunde sin Vds?

Enrique.—Como que los nuestros, pronto (le enseña el dia- gritarán. Mira, aquí tienes. rio)

Pedro.—Exacto! ya la conserva, se encuentra hermano caliente! Digo y quién da la noticia! El Omnibus. Papel verde! ¿Y cuándo se va á instalar nuestro nuevo presidente? Llamarán al cura López, ó al canónigo Gutierrez á formar un ministerio que nada tenga de hereje. Y tendremos procesiones

y repiques y cohetes.... Mira, avísale á Pizon.

Enrique.—No te andes con burlas, Pepe, que no estoy para sufrirlas de ninguno.

Pepe.— ¿Y quién se atreve á burlarse? Oh! te ruego,
Enrique, que ni lo pienses!
¿Burlarse? Líbreme Dios!
¿Quién se ha de burlar de Vds.,
si solitos se hacen burla
entre sí, al mirarse?

Enrique.— Pepe!

PEPE.—Si no lo puedes negar.
Conservador!!!—Matasiete,
irascible, intolerante,
fanfarron, inconsecuente,
pero eso sí, muy devoto.
¿Vas á comer hoy de viérnes?

Enrique. — Mira, que me quede mudo, si me fijo en tus sandeces.

Vds. los moderados están contra del que pierde, que no servís todos juntos sino para hacer pasteles.

¿Estás? Ningun moderado á la pelea se atreve, que todos buscan la torta despues que á cocida huele.

Y huyendo de los extremos en el centro se mantienen, que, en el centro, el equilibrio con dificultad se pierde.

Pepe. - Enrique!

Enrique. — La situación se salva, llamando á Vds., que componen el partido nacional. Vds. tienen, hermano, los tres colores, encarnado, blanco y verde. Son, en fin, un arco-iris que cuando hay calma aparece, pero si un trueno se oye se celipsa al momento, Pepe.

Pepe - Enrique, no estoy de humor.

Enrique. - No, querido, no te alteres.

Pepe. -No me sigas con pullitas...

Enrique - Es que yo...

Amalia,— Enrique! Pepe!

(entrando por la izquierda)

Escena cuarta.

Dichos y Amalia.

PEPE.—Prima!

Enrique. — Amalia!

Amalia — Esto es atroz!

Esto no tiene remedio!

Enrique.—Porque Pepe es imprudente. Pepe.—Es que tu dices muy serio

cosas que vo...

Amalia.— En verdad,
ninguno de ambos es ménos.
Si son hermanos los dos,
si están bajo el mismo techo,
¿por qué gustan de alterar
la paz del hogar paterno?
¿Acaso tener ideas
priva de tener criterio,
y de ver que esas disputas
los llevan á mal terreno?
Y todo por la política!
Como si quisiera el cielo

que la política haga á los hombres poco cuerdos. No tenga palabras yo á espresarles lo que siento, pero al ver que los dos viven á cuestiones predispuestos: al mirar que las pasiones los vuelven, á los dos, ciegos, encontrarme aquí me pesa, porque, la verdad, padezco. Cada uno de los dos marcha por camino opuesto, y yendo por rumbo vario se salen siempre al encuentro. Hasta parece que adrede la ocasion buscan, dispuestos á quebrantar unos lazos que á Dios plugo hacer eternos. Se tratan como enemigos, se miran con torvo ceño, y las palabras del uno, son para el otro denuestos, y los dos son copia fiel, en miniatura, del pueblo, que siendo todos hermanos son enemigos acérrimos. Y así como la nacion sufre los tristes efectos de esa maldita discordia, y su ruina va en aumento, acá, en familia, tambien vivimos todos sufriendo. que ver lo que Vds. hacen mortifica y causa tedio. Vaya ¿no tengo razon? á V. hablo, caballero conservador.

(à Enrique)

Enrique.— Prima, tú tambien abusas del sexo

(con intencion)

y del cariño que sabes que acá todos te tenemos.

AMALIA.—¿Que abuso? Pudiera ser, si es abuso reprenderos.... en efecto, abuso un poco, Enrique, te lo confieso. Pero por mucho que digas y que te dé sentimiento, quizás abusando, y todo, lo que hago, está bien hecho Y V., caballero Pepe, ¿qué opina?

Pepe.— Que es muy cuerdo cuanto dices.

Amalia.— Eres mas galante que Enrique.

Cierto, mas los moderados, siempre de moderación hicieron alarde. ¿No piensas, prima?

Amalia.—No, Enrique, lo que pienso es que tienes un carácter susceptible hasta el estremo, y no debieras usar ciertas bromas.

Enrique.— Sí, ya veo que defiendes con calor á Pepe!

Amalia.— (con sentimiento) Vay

(Si tendrá celos?)
Vaya, no eras muy galante,
pero ahora fuiste ménos.
Déjate de niñerías,
bien sabes que bien te quiero,
y si alguna cosa hay
que autorice mis consejos,
es ver que apenas se juntan,
olvidan todo respeto,
y se dicen uno á otro
inconvenientes dicterios.

Por lo demas, si te ofende la libertad que me atrevo á tomarme, te suplico perdones mi atrevimiento.

Enrique. — Amalia no seas cruel; tengo... algo vivo el genio y este me dice unas cosas que á olvidarlo, todo llego. Ya lo ves, ahora soy yo el que tu perdon espero.

AMALIA.—No debo ni oir la escusa.

Enrique.—Lo repito, es un defecto y aunque quiero correjirlo. algunas veces no puedo.

Amalia. -Bien, haya paz y concordia y perdono.

Enrique.— Te lo ofrezco.

Pepe.—Por mi parte, te aseguro...

Amalia.—Lo veremos.

yendose)

Pepe. — Lo veremos.

Amalia.—(Conoce cuanto le amo 'en la puerta) y siempre me está afligiendo!) (vase)

Enrique.—(Ah! Si leyese en mi alma vería lo que padezco!)

Escena quinta.

ENRIQUE Y PEPE.

Enrique.—Es un angel!

Pepe. — Es muy buena!
Yo la miro con respeto,
con veneracion.

Enrique.— Es ella, tan sencilla y cariñosa! Pepe.—Tan caritativa y tierna! Una noche, lo recuerdo lo mismo que si lo viera, venía co: migo del brazo Teresa, v con su tia. la sobrina del portero, se llegó temblando á ella. v hablándola algo al oido, sin sijarse en mí, una cesta la mostró. Lanzó tal grito luego que miró de cerca lo que la cesta guardaba, que mamá se acercó á ella alarmada, y hasta á mí me causó honda sorpresa.

Enrique.—¿Y bien?

Enrique, era un niño. PEPE.una criaturita bella, de cuatro meses, sin ropas, transida de frio, yerta! En la puerta se encontraba á la caridad expuesta y aunque era muy bonita debió ser hija de hienas. Pero no: tanta crueldad, tal infamia, tal bajeza, no cabe, no, estoy seguro, Enrique, ni entre las fieras. Ponerle allí! sin amparo, sin abrigo, sin conciencia, es horrible ¿no es verdad? porque quien quiera que sea su padre, vaya, como hombre abandonarla pudiera, pero una madre, una madre pronunciar tan cruel sentencia!

Enrique.—No es posible que en el mundo una madre hacerlo pueda, que el cielo solo da hijos á las madres que son buenas. Y mujer que pretestando cubrir su honor, tal hiciera, es que á la culpa del cuerpo, las culpas del alma agrega.

Pepe.—Es cierto: madre que á su hijo á abandonar se resuelva. si á su hijo no tiene amor, ¿Qué puede esperarse della? Ademas, mujer que débil es de su honor en defensa, cuando se mira culpable, sus propias culpas acepta. Y honra que al infanticidio lleva, para estar ilesa, es honra de . . . criminal que mata sin dejar huella.

Enrique. - ¿Y despues?

PEPE. - -

En el momento la envolvió en su abrigo, al verla que tiritaba, y llorando «yo seré tu madre tierna, dijo, que si te ha faltado amor de madre en la tierra, te daré el que no tuvo la que te dió la existencia,» y entre besos y suspiros y alegría y tristeza, le trajo consigo á casa é incesante por él vela (Enrique se de- Pero, Enrique, ¿qué te ha dado? Tu faz está descompuesta,

muda)

estás pálido...

no le hubiese puesto allí,

No... es... nada, Enrioue. -¿qué quieres, Pepe, que tenga? (dominándose) (Si fuera él! Pero, imposible! en su venganza crüenta

y ademas, ella era huérfana!) ¿Y eso sucedió hace poco?

Pepe.—No recuerdo bien la fecha, pero fué... á los dos meses de muerto su padre.

Enrique.— ¿Y esa

Pepe.— ¿No lo sabias?
Es verdad: estabas fuera
y apenas llegaste ayer,
no es posible que lo sepas.
Ese niño es Manuelito.

Enrique.— (El! Corazon dame fuerzas! Desde que ayer le miré siento algo que á él me lleva.)

Pepe.—Te digo que quien la tome por esposa, tendrá prenda de gran valor. Y no obstante, apesar de ser tan buena ya supo llorar cuitada.

Explore.—¿Por qué? Pr z —

Antes de ser huérfana, parece que de su alma la pobre ya no era dueña. Su amado, á lo que he sabido, profesaba idəas opuestas å las que tenia su padre, v como él, con quien era en política adversario no transijía, tuvo ella que sufrir y resignarse. Al quedar sola en la tierra, mamá se la trajo á casa, donde, sin ser indiscreta, se ha llegado á traslucir que sigue en su amante idea; pero, para su desgracia, el novio huele á conserva, segun me está pazeciendo.

y dice papá, y acierta, que pariente conservero ofrece muy poca cuenta.

Enrique.—¿Eso dice? Y si el amante, aparte de si s ideas, es cumplido caballero, ¿qué importa á nadie que tenga otro modo de pensar en política?

Pepe. — Que eterna discordia tendriamos siempre con la nueva parentela.

Enrique.—Ah! eso es llevar muy léjos la pasion.

Pepe.— Papá así piensa.

Enrique.—Es sensible.

Pepe.— Como tú tienes tambien esa idea, censuras á nuestro padre.

Enrique.—Aunque para mí no es cuerda esa opinion, nada he dicho, Pepe, que censura envuelva. Sí creo que ser partidario de lo que llamas conserva, no es cosa que importe crímen ni cosa que cause afrenta. Eso pienso nada mas; piensa tú como tu quieras.

Pepe.—Enrique, dirás muy bien; pero, hermano, entre ginetas y casullas é incensarios, y militares y viejas, no puede haber nada bueno.

Enrique.—¿Ya lo vés, Pepe? Ya empiezas. Pepe.—Chico, si no hablo de tí,

PE.—Chico, si no hablo de ti, me refiero á la conserva.

Enrique.—Pues haces mal en hablar en esos términos, sea que te refieras á mí de una manera indirecta, ó que lo digas por todos los que siguen tal bandera.

PEPE.—Yo digo cual dice Iriarte, el que aludido se crea, que con su pan se lo coma.

Enrique.—Pepe, si no te moderas...

Pepe.—dQué me harás? Ya lo estoy viendo, fulminas el anatema contra mí, ó la excomunion pides prestada á la iglesia.

Así son los conserveros.

No quieren que uno sa mueva

(con ira)

Así son los conserveros.

No quieren que uno se mueva,
ni que hable, y si hay alguno
que sus palabras desprecia,
le amenazan y despues...
se arrastran como culebras.

Enrique. - Mira, que eres mi hermano.

Pepe.—Ojalá nunca lo fuera!

Enrique. —Si á repetirlo te atreves, (exaltado) Pepe, te arranco la lengua!

PEPE. - Vive Dios!

(yéndose á él y conteniéndose)

Enrique.— Cállate, Pepe!

(contenièndose tambien)

> Pepe.—Callo, porque papá llega con Amalia, y si no fuese... Enrique.—(Ella otra vez! Siempre ella!)

Escena sesta.

Dichos y Blas y Amalia que entran por la izquierda

Enrique.—Señor...!

Pepe.— Le buscaba á V.

Blas.—Ahora me dirás. ¿Qué hermanos son Vds. dos, que siempre injuriándose los hallo?

(d Enrique)

Apenas llegaste ayer y frecuentes altercados han tenido ya. Espero que, en lo sucesivo, ambos sean-prudentes y procuren evitar nuevos escándalos. Ya que la suerte ha querido que los dos se hayan filiado, en partidos que los hacen de sí, y su padre, adversarios, tengan siquiera el buen juicio de sentirlo y de callarlo. Tambien tengo ideas y soy, en política, exaltado, pero si estoy en familia, cosas de familia trato. Y sea la última vez que por esto los extraño, que quien buen ejemplo da no debe esperarlo malo.

Enrique.—Señor...!

PEPE.-

Yo...!

AMALIA.-

277.1

Su inexperiencia

y su juventud, acaso influyan en su conducta.

BLAS.—No eres tú mal abogado,
pero aunque te quiero mucho,
esta vez me será grato,
mirar que no los defiendes.
Lo mismo era hace tres años,
y en tres años, bien pudieron
haber aprendido algo.
Y me tienen muy molesto;
acabo de ver llorando
á su madre, y me disgustan
mucho los hijos ingratos.

Tu misma, tambien llorabas, hace poco al escucharlos.

Enrique.—Es que no solo nosotros esas lágrimas causamos.

Blas.—No comprendo.

Enrique.— Ni es fácil que yo me atreva á esplicarlo.

Pepe.—Ya estás con tus imprudencias...

Amalia — Y á mí, ninguno me ha dado disgustos, pienso en papá...

Enrique.—Amalia, eso no es exacto, puesto que mi padre acaba de decirnos que has llorado.

Blas, — ¿Y qué motiva esas lágrimas?

Enrique.—Juzgo que su propio labio lo puede decir.

Amalia. — Enrique!

(suplicante)

Enrique.—No! Si lo que digo es falso...

Blas.—Pues, hijo, yo estoy á oscuras.

Pepe.—Y yo estoy mirando claro.
Es que, há poco, dije á Enrique
lo del novio reaccionario.

~PS }

Enrique:—Justo, por eso lo digo.

Blas.—Hijo, te vas engolfando en asuntos, por desgracia para todos, poco gratos.

(Amalia se aflije) Varlo ves, la has aflijido de nuevo...

Enrique Pues es muy raro, que palabras tan sencillas la obligiem de nuevo al franto.

Amalia, — Enrique, si es que me quieres, calla!

Enrique.— Si solo he hablado; porque me resisto á creer "" lo que me ha dicho mi hermano. Segun Pepe, aunque ese novio, sea caballero y honrado, debe renunciar á tí, por ser de papá adversario.

Blas. - Y esa es la verdad, Enrique.

Enrique. -- Por eso, aunque humilde acato tal resolucion, indico simplemente que la estraño Usté, papá, siempre fué de corazon justo y blando, y en esta vez le contemplo de la razon separado. Dos seres que se comprenden v que uno solo formaron, seres que quieren unirse con indisoluble lazo, podrán requerir amor en sus amantes reclamos, pero ni otra cosa anlielan. ni mas les es necesario. ¿No cree Usté que digo bien?

Blas. - Hijo mio, has sido franco, y tambien lo voy á ser, advirtiéndote que lo hago para que Amalia conozca mi resolucion.—No trato de inquirir guien es el novio. ni si es bueno, ni si es malo. Esta niña aun es menor, y si para dar su mano es preciso que vo esté conforme, es necesario á la vez, que el pretendiente sea bueno y de mi agrado. No le conezco, repito, solo sé que es reaccionario, y esto hace que el matrimonio no pueda llevarse á cabo.

Pepe. -- Lo mismo le dije yo.

Amalia.—(Oh! me están atormentando v no calla!) ENRIQUE.-¿Y si existiesen razones para efectuarlo? Y razones poderosas. Blas.—No revocaría ese fallo, aunque el pretendiente fueras tu mismo Enrique. AMALIA. ---(Dios Santo!) Blas.—Porque la única razon que me hiciese revocarlo, sería saber que esta niña su deber habia olvidado. Enrique.—Pero... Calla, Enrique, calla, AMALIA. -it Enrique) ¿no vés que me estás matando? Blas.—Y... tal vez el deshonor prefiriera en ese caso. AMALIA.—Ah! (se desmaya) Enrique.— Amalia. PEPE. -Se ha puesto mala! Blas.—Cómo? Que es eso? Pepe. -Un desmayo. Blas.—(Qué misterio! ¿Será Enríque el novio? Ya he sospechado... Veremos.) Ha sido... un váhido,... AMALIA.-Herantandose) un marco, ya pasó. (Creo BLAS.que entre ellos.dos hay algo. Ya lo sabré.)—Decias, Pepe... Pepe. - Que hoy ha sido V. nombrado Coronel del 5.º Pues válgate un ahrazo la noticia, y á tí otro y á tí.

Pepe.— Papá, si soy franco...

BLAS.—¿Vas á decir que lo sientes?

Pepe.—Sí señor, está mandado que el 5.º salga á campaña, y esto no puede ser grato para nosotros.

Enrique.— Es cierto se marcha Usté.

Amalia.— Y nos quedamos con inquietud.

Pepe.— Y si nosotros fuéramos no mas, muy santo, pero mamá que no vive si Usté marcha.

BLAS.— Temor vano:

ono he salido tantas veces
y otras tantas vine salvo?
Yo mismo se lo diré.

Pepe.—Pues yo regreso á palacio (váse por el fondo) y pronto estaré de vuelta.

Blas.—Es que ya pronto almorzamos.

Amalia.—Mientras llega la hora, voy (se sienta à bor- à entretenerme bordando. dar)

Blas.—¿Tienes que salir ahora?

Enrique.—No señor.

BLAS.— Pues al despacho me ayudarás de esas cartas; mira, vélas revisando mientras vuelvo, y aun si quieres contesta las de enterado.

Enrique. - Así lo haré.

BLAS.— (Pobre Lola (váse por la iz- la voy á dar un mal rato.) quierda)

Escena sétima.

Amalia y Enrique.

AMALIA.—Enrique ha sído imprudencia (deja la labor y se la tuya! dirije à Enrique)

Enrique.— En tu desazon no vés que en mi corazon se desborda la impaciencia!

Amalia.—Con tus palabras, quebranto sin igual, á mi alma dabas.

Enrique.—Mientras tu, Amalia, Ilorabas yo puse dique á mi llanto.

AMALIA.—Es tan cruel mi sufrimiento!

Enrique.—Es tan triste mi amargura!

Amalia.—Y de mayor desventura me aflije el presentimiento. Y dime ¿qué sabes dél?

Enrique.—Que le busco sin cesar, y que no lo puedo hallar.

Amalia.—Ah! qué duda tan cruel! Yo una noche recojí un niño...

Enrique.— Sí, ya lo sé, pero no es él.

Amalia.— ¿Y por qué no ha de ser el que perdí?

Enrique.—Porque la sed de venganza de tu padre, se saciaba, si á nuestro pecho quitaba de encontrarle la esperanza.

Y mal despues de morir le pudo á casa traer.

Amalia. —Cuanto me hace padecer lo que acabas de decir. ¿Y nunca un dia á mi lado lo veré Enrique?

Enrique.— Lo ignoro, tu sabes cuanto deploro su pérdida.

Amalia. — Desgraciado!
Quizás en manos estrañas
se mira en situacion crítica!

Enrique. — Ya ves... la pasion política endurece las entrañas!

Tu padre te lo robó porque era mi enemigo, me quise casar contigo y jamás lo consintió.

Mi padre... ya lo has oido tampoco consentirá: paciencia, tiempo vendrá en que triunfe mi partido.

Y entónces si aun se me niega tu mano, Amalia querida, veré mi dicha cumplida á su pesar.

Amalia. — Alguien llega.

Escena octava.

Dichos y Cárlos que llega por el fondo.

Carlos. - Sobrino, Amalia!

Amalia y Enri.— Tio Cárlos!

Cárlos. —No encontrarte me temía, pero por fortuna te hallo.

Amalia. - Me está Usté alarmando, tio.

Enrique.—Y mira, yo no me alarmo. Carlos.—Pues no hay que tener confianza. Ya se sabe que has llegado y que estás en casa. Ahora la exaltacion de los ánimos es mucha, no han de faltarte enemigos solapados, y como hoy algunos creen, que no siendo sanguinarios no son liberales, buscan la ocasion de demostrarlo. No salgas. Ora circulan gigantescos horregazos de revolucion, y esto pudiera un disgusto darnos.

Enrique.—No saldré, tio, bien conozco la situacion que guardamos los vencidos.

Cárlos.— A tí, Amalia, corresponde sujetarlo, y si tu no lo haces...

Amalia. — Tio!

Cárlos.—¿Querrás decir que me engaño? Si Vds. se están queriendo. ¿á qué conduce ocultarlo?

Enrique.—Usté sabe?

Cárlos.— No, soy ciego.

Mas eso no viene al caso.

Otra vez te recomiendo
juicio.

Enrique.— Pierda Usté cuidado.

Cárlos.—Si algo ocurre, en la Santísima estoy, me pones al tanto, y veré lo que hacer pueda.

Amalia. — Usté siempre bueno!

Cárlos.— Franco; pero Lola con Blas viene, y voy á dar á mi hermano el parabien.—Conque, Amalia, tenlo aquí bien encerrado. Amalia. –(Si sabrá todo, Dios mio!) Enrique. –(Si sospechará, tio Cárlos!)

Escena novena.

Dichos y Lola y Blas, que entran por la izquierda.

BLAS.—No, si te hablo con franqueza te miro y al verte creo, que en tí, tesoro poseo de virtud y de belleza.

Cárlos.—Igual me parece á mí.

Lola.—Usted chancea como Blas.

Blas.—Hermano, pues qué ¿aquí estás?

Cárlos.—Hombre, parece que sí.

Me he escapado del cuartel
por darte mi parabien.

BLAS.—Mucho te lo estimo.

Cárlos.— Ven

á mis brazos, Coronel. Y que pronto sea cabal tu buena suerte deseo, y pues, Coronel, te veo quiero verte General.

BLAS.—Pues pregúntale á mi esposa si quiere.

Lola.— Y he de decir que sin paz me hace vivir tu carrera peligrosa.
En incesante vigilia me tienes siempre al marchar: bien mirado, el militar no debe tener familia.
Al deber esclavizado en pos del peligro avanza, miren si tiene esperanza la familia del soldado.

Y si salva de morir y á estar mutilado llega, hasta el gobierno le niega recursos para vivir. Y purifica sus penas de su miseria al crisol, yéndose á tomar... el sol al portal, ó las Cadenas.

Cárlos.—¡Ojalá que así no fuera la carrera militar! qué ¿cuál otra puede dar las glorias de esa carrera? Si despues de haber servido con lealtad y bizarría, llega al militar el dia de injustificable olvido; sus hazañas en presencia estarán de su memoria, v tendrá hambre con gloria en su mísera existencia. Y en su uniforme raido, si en él fija su mirada, verá que no tiene nada el que mas ha merecido. Dijo Usté bien, sí, sus penna purifican al crisol de su miseria, y el sol les da abrigo en las Cader: Pero en su miseria impía tienen de su gloria rastro, por eso, piadoso, el astro rayo amigo les envia. Y es que tan alte « encumbra de alguno de ellos la hazaña, que si el olvido (a empaña, el sol con su luz la alumbra. Y es tambien que el sol se afana en hacer brillar su historia:

ellos... llevaron con gloria la bandera mexicana.

Lola.—Algunos dellos, mendigan con todo y su gloria, Blas; no me conformo, por mas que todos ustedes digan.

Blas.—Esos que en las calles andan su miseria pregonando, van un reproche arrojando al rostro de los que mandan. Que si hoy supieron gozar de envidiable posicion, devieron su elevacion á la clase militar. Por eso, en pago, le dan á cuenta de lo que cobra, algo de lo que les sobra.

Enrique.—Sí, los mendrugos de pan.

Blas.—Celebro que esta ocasion Lola nos haya ofrecido, hoy los tres hemos tenido, por fortuna, una opinion.

Lola.—Cuando la razon escoja por opinion cada cual, siempre la tendrán igual.

Blas.---Lola, doblemos la hoja.

CARLOS.—En fin, regreso al cuartel que en prevencion guardia monto. Hasta mañana.

(vase)

Blas.---Muy pronto nos hemos de ver en él. ¿Mas no se almuerza hoy aquí?

Lola.—Que lo sirvan, pues.

MANUELA.---Bribon, (dentro) te daré costitusion.

Blas.---¿Quienes gritan por allí?

Escena décima.

Dichos, ménos Cárlos, Pedro y Manuela entran asidos uno de otro.

Manuela.--Ya verás, hereje, impío.

Pedro.-Vuélveme á desir hachero.

Lola.--Suéltale.

BLAS. ---

Pedro!

AMALIA .-

Manuela!

Blas.--dQuieren decirme que es esto?

Manuela.--Quiá desér, niño? Acababa dalistarles el almuerso, y vino Pedro, y me dijo cosas, que yo no matrevo á repitir.

BLAS.-- ¿Qué dijiste?

Pedro.—Iba á dar blanco á mis cueros porquiora es dia de revista, y la verdá, dijo feo.

Blas.---Está bien ¿pero qué dijo?

Pedro.—Pos me dijo, pesetero, quera delácha, chinaco, soldao dadós por medio, y soy de liña y no almito quesa cara de borrego trasquilao, conmigo venga á ser mero petatero.

¿pos de que brinca, mi gefe estándol suelo parejo?

Amalia.—Pero esto es intolerable!

mi Todos riñen!

Lola. — Vaya adentro Vaya adentro

MANUELA.---

No, señora, quéde volver, yo no vuelvo. Orita, orita me vov; niña, déque mi dinero.

Aguí están escomulgaos todos, solo el niño nuevo.

no.

Dela V. su cuenta. Enrique. —

Amalia —Escucharla causa tedio.

Blas.---Sí, que se vaya cuanto antes. Manuela.---Pos orita, luego, luego,

sí, niño zpos no me dir? si en todo el tiempo que yebo acá, no mé confesao tres veces, y no quero condenarme, como ayer que predicól Padre Cueto.

Analia. — Causa lástima escucharla.

Blas. -- No sé como me contengo.

Lola.—Venga conmigo Manuela á recibir su dinero.

Manuela.---Si quere, luego miré, (vase poco a poco) incuanto sirva lalmuerso.

Lola.---Vuelva V. á su cocina y tu tambien vete, Pedro.

Blas.—Pedro, cuidado con otra!

Pedro.—Mi gefe, si yo repelo cuando miásen repelar.

Blas.—Vete y cállate.

Pedro.-Obedesco.

(à Manuela al re- Oiga, vieja, reselé tirarse) á la sombra de San Pedro.

dies maníficas al dia iorita cáy el gobierno.

BLAS. -- Los oigo y los miro, Lola, y mi cólera contengo, que no me gustan en casa gentes faltas de respeto. Este es el resultado que produce el mal ejemplo.

Escena décima primera.

Dichos y Pere que llega, por el fondo, jadeante.

Рере.—Рара́.

Blas.—

Qué sucede?

LOLA V AMALIA.—

Qué hay?

Pedro.—Mi jefe sóyen cornetas.

(entrando por el

fondo)

(se oyen cornetas tocando generala)

Blas.---¿Y qué tocan? Pedro.---

u: - Generala.

Pepe.—En la plaza hay cuatro piezas y dos batallones.

BLAS.---

Pronto

(Entra Pedro por mi espada!

ta espada y vuelve con ella inmedia-

tamente)

Pepe. — Hay fuerzas

por la reacción pronunciadas.

Lola.—Virgen Santa!

(se oyen tiros)

AMALIA. ---

Tiros.

(dentro) (Mucran!)

(viva la religion, vivaa!)

Blas.--- Esta es la recompensa que nos dan los reaccionarios infames.

(dentro)

(Vivaa! Mueraan!)

Enrique.—Gracias, Dios Omnipotenté ya la demagogia cesa, el poder de la canalla por el sucio pelvo rueda; llegó la hora del combate, la hora de vengarse suena!

Lola.—Calla, Enrique!

AMALIA.-

Por piedad!

Blas. --- Enrique!

Pepe.— Y quien tolera tales palabras? ó callas...

Enrique.—No callo. La patria anhela el esterminio total de bandidos que se emplean en el robo y la matanza!

Blas.---Enrique!

Enrique.— La patria vuelva á gozar los beneficios del órden, y que el que sea demagogo, si es vencido, nuestra justicia le hiera. Guerra á muerte, sin cuartel, y que se salve el que pueda!

Blas. --- Si no callas...

(lanzándose sobre Enrique con la espada levantada)

Enrique.—
(rechazándole y
tocándole en el
rostro al tender
el brazo)

Padre, atrás!

Pepe.—Infame!

(queriéndose lanzar sobre Enrique)

BLAS.-- Maldito sea!

Lola y Amalia.—Ah!

Enrique. — Ay de los vencidos! (dentro) (vivaa)

```
LOLA. -- Tente!
(conteniendo a
Blas
                        Enrique!
       AMALIA. ---
(conteniendo d
Enrique)
                                 Padre!
         PEPE.
(conteniendo a
Blas)
         BLAS.
                                       Ruega
                 á ese Dios que has invocado
                 que en la lucha te proteja.
         PEPE. -Padre!
         LOLA.
                       Blas!
                            Tio!
       AMALIA. --
                                Con las armas
      Enrique.
                 se defienden las ideas.
                 y es cobarde y miserable
                 quien tiene armas y aquí queda.
(váse por el fondo
corriendo)
         BLAS. - Inicuo!
         PEPE.-
                        Papá!
                             Tio!
       AMALIA.-
                                 Blas!
         LOLA.--
         Blas.—Atrás todos y á la guerra!!
(vase por el fon-
do seguido de
Pepe)
        Pedro, --- (Como lo coja, lo doblo
(váse siguiendo á y yeba su muertenella.)
```

Blas)

ACTO SEGUNDO.

Interior de un convento.---Una mesa y dos ó tres sillas.

Escena primera.

Cárlos, Comandante, Alferez, (haciendo salida.)

Alferez.--Pues es bueno el edificio!

Comandante.---Ya lo creo; pero hay mas pulgas que en la Malinche, granizo. Desde ayer que se hal'a aquí el Batallon, no he tenido un momento de sosiego.

Cárlos.—Pues la tropa que en el piso duerme, figúrese V.

COMANDANTE.---El nuevo jefe es activo y hará que pronto se asee, si nos deja el enemigo.

Alferer --- No creo haya mas balazos.

Comandante -- Nuestro triunfo era preciso,
ya no puede alzar cabeza,
compañero, ese partido.

Cárlos.—Cuánta sangre derramada en un instante!

COMANDANTE:--- El delito
es suyo, se pronunciaron.
y el gobierno solo hizo
su deber. Es responsable
del órden, amigo mio.

Cárlos.—Tal vez tenga Üsted razon,
Comandante, en lo que ha dicho;
mas yo que adoro á mi patria
del porvenir desconfio.

Siempre rencor y discordia! Convenga V. que el destino de este pais desgraciado no es de los mas propicios.

Comandante.---V. piensa así; yo nó,
y lo que sucede miro
como fruto natural
de las tendencias del siglo.
Hemos estado á mercea
de soldados atrevidos,
que por leyes han impuesto
á los pueblos su capricho.
Hoy que algo mas ilustrados
nos vemos, nos resistimos
á seguir siendo juguete
de hombres, que sin mas principio
que su ambicion personal,
se juzgaron exclusivos
para el gobierno de México.

Cárlos.—Comandante, le repito que tal vez diga V. bien, pero nuestros desvaríos hacen que México sea de todo el mundo ludibrio. Tenemos de independencia, Comandante, medio siglo, y un año de plena paz tal vez no havamos tenido. Siempre ciegos por el ódio y el fanatismo político, cada partido pretende del contrario el exterminio, sin ver que nuestros reneores pasan de padres á hijos, y que la patria arruinamos los que quererla decimos. La guerra! Desolacion, luto, miseria, martirio!

Eso es lo que al pobre México le damos há medio siglo.

COMANDANTE.---Tiene V. algo de romántico; ese sentimentalismo cuadra mal en el que lleva pendiente una espada al cinto.

Cárlos.—Pues si ceñir esta espada me ha de llevar al delito. de no ver que mexicanos son, cual vo, mis enemigos: si para ser militar ser verdugo necsito, desde luego que abandono la carreca.

Sí, el servicio COMANDANTE. --militar tiene sus glorias, pero ofrece sus peligros.

Cárlos.—No, Comandante, ya veo que Usté no me ha comprendido. ¿Que me importa á mí la gloria, si cuando sus lauros ciño. en la sangre mexicana los he de contemplar tintos? ¿Y que gloria puede haber, Comandante, ante peligros, para México mayores que para nosotros mismos? Un país como no hay otro ni en lo fértil, ni en lo rico, vergel á que el cielo ha dado los dones del paraiso; pais, que el dia que tengamos, Comandante, buen sentido, (animándose ca- será asombro de lejanos, y amenaza de vecinos!

> Šolo voluntad nos falta, voluntad y patriotismo;

da vez mas.)

pero si el cielo nos toca el corazon, y si unidos, llegamos á estar un dia, va no seremos motivo de especulaciones torpes y de cálculos inicuos. Ya ninguno nos dirá que en la barbarie vivimos, porque hasta hov pudo el mas fuerte imponernos su capricho. Ya ninguno será osado á amenazarnos altivo, si en torno á nuestra bandera nos ven en compacto círculo. Que nosotros, Comandante, los de todos los partidos, somos al luchar, valientes, somos en el triunfo, pios, para las fatigas, fuertes, para la desgracia, dignos. Y pueblo que como el nuestro cuenta con tan buenos hijos, debe labrar su ventura con su propio patriotismo!

Alferez.---Mi capitan, esa mano.
Lo propio que V. opino,
y ojalá pensaran todos
los mexicanos lo mismo.
Entónces sí que la patria
seria feliz.

Comandante.--- Señor mio,
cuando el superior dice algo,
si el subalterno es cumplido,
oye y calla nada mas.
No olvide Usté el aviso.

ALFEREZ.—Eso será, comandante, en asuntos del servicio; pero aquí que todos somos, sino me engaño, lo mismo,

digo lo que me parece, aunque esté delante Cristo!

COMANDANTE.—Insolente!

Alferez.--- Comandante, cuidado!

V. razon, mi mayor.

Comandante.—¿Usté tambien? Por lo visto opinamos diferente.

Cárlos.—Así lo entiendo.

COMANDANTE. -Pues, hijo, con mi franqueza habitual, le diré á Usté como opino: Soy liberal; pero rojo exaltado, y no transijo con ninguno, sea quien sea, si profesa otros principios. Juzgo, pues, que como estamos, es la piedad un delito, y una horca en cada esquina debe alzar nuestro partido. Que á nadie demos cuartel, inexorables y ríjidos, y mueran nuestros contrarios en batallas y suplicios. Que formando un mar de sangre, la de nuestros enemigos, sea nuestro triunfo cabal, compañero, y decisivo. Ahí tiene Usté mi opinion.

Cárlos.—De la que no participo, y me juzgo liberal y tengo fé en mis principios. Yo quiero ver nuestro cielo, puro, Comandante, límpido, sin que su pureza empañen nubes de color rojizo. La libertad, Comandante, en mi mente la imagino, pura, como la inocencia, grande, como lo infinito, noble, como hija del cielo, santa, como el cielo mismo. eterna, como verdad, sublime, como principio: si esta no es la libertad no quiero liberalismo! Busco igualdad en la lev. quiero que el negro y el indio valgan tanto como el blanco. si de tanto se hacen dignos; quiero que los ciudadanos laboriosos y pacíficos, gocen esas garantías de que siempre han carecido. Quiero que todos veamos al que gobierna, sumiso el primero ante la ley, dar ejemplo de civismo. Eso, y mas que me reservo, forma mi credo político, y si, por desgracia, algunos, exajerados ó díscolos, sueñan otra libertad madre de infamias y vicios, me causan lástima y pena.

ALFEREZ.---Pues, mi Capitan, repito que tiene Usted mis ideas. Sí Señor, pienso lo mismo!

COMANDANTE. --- Y yo pienso que los dos excojieron mal camino, errando la vocacion, pues teniendo esos principios, en vez de ser militares, debieron hacerse obispos

Cárlos.—Comandante, me parece

que tiene Usté el genio vivo y que se aventura mucho.

ALFEREZ. --- Sí, porqué si se ha creido que ser gefe lo autoriza á no ser cortés y digno, se equivoca.

Cárlos.— Haya prudencia.

COMANDANTE. --- Señores, lo dicho, dicho, y si he de hablar la verdad, me parece que el partido necesita mas, ahora, de exaltados, que de tibios.

Alferez.---Lo que me parece á mí, mi Mayor...

Capitan.— Tenga Usté juicio, sea tolerante y escuche y calle.

Comandante.-- Medio sencillo para evitarse disgustos.
Oh! y está reconocido, que es la prudencia, virtud muy fecunda en beneficios.

CAREOS. — Comandante!

(exaltandose)

COMANDANTE.--- La prudencia tiene parentesco íntimo con el miedo.

Alferez.— Víve Dios que retractacion exijo de semejantes palabras.

Cárlos. —Y yo la quiero en el sitio.

Comandante.—Pues que la pida la espada si tiene la mano brio.

Cárlos.—Despachemos!

(desnudan la es-

pada)

Alferez.-- Capitan á ser el primero aspiro. Cárlos.—En guardia, señor Mayor (sacan la espada y que el cielo sea testigo! y al empezar à reñir, llega Blas por el fondo)

BLAS. --- Bravo, señores, muy bien!

Alferez.—Coronel!

BLAS.--- Cuando en peligro estamos todos aun...

CARLOS.—Hermano...

Blas.--- A su destino

(se retiran, Alferez y Capitan envainando sus espadas)

Escena segunda.

COMANDANTE y BLAS.

COMANDANTE.---Mi Coronel, no ha ocurrido novedad.

BLAS.— Saber espero, que circunstancias mediaron para que esos subalternos, contra un superior llegasen, Comandante, á vias de hecho.

COMANDANTE.---Señor, la verdad diré.

Blas.—Ya escucho.

Comandante.—

Hace un momento,
hablábamos como amigos,
cuando D. Cárlos, cediendo
á sus ideas, me hizo
reflexiones que no acepto.
Yo, como Usté sabe bien,
en política exajero,
y él me dijo que la ruina
éramos del pobre México.

BLAS .--- ¿Dijo tal?

COMANDANTE.---

Que los partidos son rémoras del progreso del pais, y que, patriotas, los mexicanos, debiéramos olvidar nuestras pasiones de la patria ante el recuerdo. Dijo que así no seriamos escarnio del extraniero. v vo que nunca transijo v ódio los términos medios, me burlé de sus palabras. El Alferez, aplaudiendo á D. Cárlos, me obligó á mostrarme algo severo, y mediaron espresiones inconvenientes, y luego de las palabras pasamos, mi Coronel, á los hechos.

Blas.—¿Con qué tal dijo mi hermano? Pues à fé que el dicho es cierto! Y eso, Mayor. los liberta de que haga un escarmiento, que nunca he gustado ver, Comandante, en el ejército, subalternos que así olvidan los deberes de su empleo. Y aunque Cárlos sea mi hermano, yo no tengo parentesco con nadie para el servicio, v hago siempre lo que debo. Es verdad, sí! Los partidos son hov la ruina de México. pero uno solo no puede poner á ese mal, remedio.

Comandante.---Usté no pensaba así Coronel.

Blas.-- Tambien es cierto,

pero tanto he visto ahora que modificarse siento mis ideas, de cierto modo, y créase Usté que me alegro. Mas... hablando, Comandante, del servicio, ayer se hicieron segun el parte de Usté, cuatro ó cinco prisioneros, ¿donde están?

Comandante.-- Esta mañana los tenia el 2 lijero, de órden superior.

> BLAS. Ahora he recibido este pliego con órdenes; y es preciso darlas puntual cumplimiento. Oue los entreguen al 5.º en el acto, está dispuesto, pues parece que hay algunos descriores de este cuerpo. Esos hombres han de ser fusilados, mas debemos hacer un juicio verbal con presteza y con secreto. Ordene lo necesario. haga V. los nombramientos, y así que los presos lleguen, venga el de mayor empleo, con una escolta.

Comandante.-- Se hará como V. lo manda.

BLAS.-- Luego
haga celebrar el juicio,
cuyo resultado debo
saber inmediatamente.
Cuando haya mi hermano vuelto
del servicio, á que supongo

ya marchó, que esté dispuesto con su compañía á moverse á primera órden, y quiero tambien saber si el socorro han repartido.---Hasta luego.

Escena tercera.

Blas y Alferez que entra por el fondo.

Alferez.—Coronel, unas señoras quieren ver á Usté.

Blas.--- No puedo, á mi pesar, recibirlas.

ALFEREZ -Es que insisten con tal ruego...

BLAS.---(Asunto urgente ha de ser el suyo, cuando vinieron) ¿Las conoce Ustéd, Alferez?

Alferez.—Señor, esa honra no tengo;
pero á juzgar por el traje,
las maneras y el acento,
se puede decir que son
damas de lo mas selecto.
Preguntaron por D. Cárlos
su hermano de Usté, primero:
luego por Ustéd, y cuando
que estaba aquí les dijeron,
manifestaron tener
gran necesidad de verlo.

Blas.---(Ellas son!) Que pasen, pues, Alferez, en el momento, y evite Usté que ninguno entre, hasta que llegue un preso.

Alferez. —Puede Usté tener confianza.

Blas.---Tambien si traen algun pliego (váse el Alferez) me lo da inmediatamente. (Mas, que me pasa? Qué tengo?)

Escena cuarta,

BLAS solo.

/ ¿A qué vienen? ¿Qué razon?... Esplicármelo no puedo, v no obstante tiene miedo mi angustiado corazon! ¿Que habrá en él, que tal parece se violenta su latir? ¿Oué cosa temerá oir que se asusta y estremece? ¿Será que ha querido Dios someterlo á prueba ruda? Pero es horrible esta duda... ¿Han muerto acaso los dos? Oh! ¿Y habian de perecer? Uno sí, el parricida bien pudo perder la vida, mas, Pepe, no puede ser! ¿Y el otro? Si alzó la mano altivo al chocar conmigo, No tiene como castigo la maldicion de un anciano? De borrascosa inclemencia siento rebelde murmullo, que están en lucha, mi orgullo ofendido y mi conciencia. Y esta orden? Fusilados, cuando quizá tienen padre y está llorando una madre por ellos. ;Desventurados! Y aunque rebose la hiel en mi pecho, han de morir, vo debo solo cumplir

la órden, sin ver si es cruel. Ya están aquí.

(al verlas deja la órden sobre la mesa)

LOLA. -

Blas!

(llega con Amalia)

BLAS.-

Dolores!

18

AMALIA. - Tio!

Blas.—Amalia! (Santo cielo, evienen á darme consuelo ó hacer mis penas mayores?)

Escena quinta.

BLAS; LOLA y AMALIA.

Lola. -- Sin poder resistir mas, hácia aquí me he dirijido: dos dias han trascurrido sin ver á mis hijos, Blas! Dos dias de insomnio, de luto de duda, de no vivir! Dos siglos, Blas, de sentir la muerte cada minuto! Siglos de incesante anhelo. de martirio sin segundo, disputándolos al mundo, pidiéndoselos al cielo. En su propio mal cautiva el alma, á entender no acierta, si de una esperanza muerta, nace otra esperanza viva. Una vez, y ciento, y mas pienso ver lo que no veo, y hay otras veces, que creo que no los vere jamás.

Y sin pensamientos fijos, nada mi ansiedad alcanza, habla, dame la esperanza, Blas, de que viven mis hijos! ¿Y no me respondes, Blas? Oh! tu silencio es horrible! Dios mio! ¿Será posible que no los vuelva á ver mas?

Blas.—Mientras no sepas lo cierto que te anime la esperanza.

¿No cobra siempre confianza el náufrago al ver el puerto?

Si en la duda el corazon naufraga en su desamparo, haz de tu esperanza el faro que te ofrezca salvacion.

Lola. - Mi mortal congoja es tanta que ya resistir no puedo; la verdad, me causa miedo: la incertidumbre, me espanta! Mil rumores hasta mí llegaron, para aumentar mi martirio, sin mirar que es inmenso el que hay aquí. Ruje en mí una tempestad de encontrados sentimientos, y al crecer mis sufrimientos crece tambien mi ansiedad! En vano le pido á Dios que en este caos me ilumine: El exije que adivine lo que ha sido de los dos! Acudo á la Vírgen pia v socorro la demando, el martirio recordando de Jesus en la agonía, Ella fué madre, y lloró tambien por el duelo herida

cuando su hijo, de la vida humana se desprendió. Y aunque la animaba Dios, loca por su hijo gemía; ella por uno sufría, y yo, Blas, lloro por dos! Pero sí, los hallaré, me lo dice mi razon; sí, ¿no es verdad, corazon, que no has perdido la fé? Sí, no querrá que taladre mi corazon mayor duelo, que si ella es madre en el cielo, tiene que ser buena madre!

Blas.—Como tú, sufro angustiado por no saber lo que ignoras, tú, Lola, siquiera lloras, á mí ni llorar me es dado.

Amalia. — dPero nada sabe Usté que esperanza nos infunda?

Blas.—Sé que mi pena es profuúda, Amalia, eso es lo que sé.

AMALIA.—Han dicho que herido vieron caer á Pepe...

Blas.— Acaba, acaba...

Amalia.—Y agregan que nos llamaba sin cesar.

Blas.— Oh!

Lola.— No, mintieron, mintieron, do es cierto? Sí, me lo dice el corazon.

Blas.—dY si han tenido razon?
Lola.—Ah! desdichada de mí
Pero esa no es la verdad,
ese es mentido rumor,
habla, Blas, tendré valor,
para oir la realidad.
Mira que mi desazon
ningun límite conoce,

habla, aunque tu voz destroce despiadada el corazon!
Brille la verdad fatal de toda ficcion desnuda; si ya me mata la duda, que lo haga ella ¿no es igual? Y si á comprender alcanza su infortunio el alma mia, auméntese mi agonía, renunciando á la esperanza. Mira, Blas, que cruel me dañas con tu silencio profundo; dime si están en el mundo los hijos de mis entrañas!

¿Y callas? Y este dolor que lentamente asesina, sabes de qué se origina? De fratricida rencor. De ese afan, de esa manía, que en esta época fatal, va sembrando luto y mal, donde solo hubo alegría! De esa maldita pasion que á lo infame se concilia, v destruve la familia, destruyendo la nacion. De ese ardor inexplicable que se vuelve ódio infernal, y obliga á ser criminal al que nunca fué culpable. De esa pasion maldecida que hace ser al mexicano, mal esposo, mal hermano, asesino y parricida. Que de uno al otro confin de México, en son de guerra, pretende que nuestra tierra sea la patria de Cain!

BLAS.---Lola calma tu querella!

Amalia.—No es justo desesperar...

BLAS.--(Y la quiero consolar y estoy lo mismo que ella.)

Escena sesta

Dichos y Alferez que entra por el fondo.

Alferez.—Coronel! Perdon, señoras.

El prisionero ha llegado
y es preciso que Usté sepa...

Blas.—Lola, Amalia, mientras hago aquí un interrogatorio, dejadme solo. Es un acto del servicio.—Allí el Alferez les hará compañía en tanto.

Lola.—Sea por Dios!

Blas.-- Seré breve te lo juro.

Lola.— Amalia, vamos.

Auferez.—Pero el caso es Coronel, que ese preso...

Blas.--- Haga Usté un rato compañía á estas señoras.

Alferez.---Pero Usté no sabe acaso lo que pasa. Ese infeliz es Enrique!

BLAS.--- Oh!

(demudandose)

Lola.— ¿Qué te ha dado? (notando la emo- ¿Blas, qué tienes? cion de Blas)

Amalia. --- Tio!

BLAS.— Cansancio, la... fatiga natural,...la...edad...

Lola.— No. tu me estás engañando! Habla!

BLAS.— No... es... nada,

Lola. --- Jurarás en falso!

No, mi corazon me dice

que me estás ocultando algo!

Blas. -- Te engaña, Lola.

Lola.— Y si miente, por qué, responde, ¿estás pálido? Blas, si tu rostro te vende! ¿Qué ganas con engañarnos?

Blas.---Déjame un momento solo, va vendrás.

LOLA.— No, Blas, no salgo!

Blas.---Mira que te lo suplico!

Lola.—No, no he de salir.

BLAS.— Lo mando! (con energia) acompáñelas Usted, que no le vean.

Alferez.— De evitarlo trataré, mi Coronel.

Lola.---Pero, Blas...

ALFEREZ. — Señoras...

Lola.--- Vamos...

(salen Amalia y Lola seguidas por el Alferez)

Escena sétima.

BLAS solo.

Enrique preso y á mí su cruel verdugo me hacen! pero esto no puede ser, es mi hijo, soy su padre, y ademas... si bien se mira, en conciencia, no es culpable. Pero esto es imposible!
Dios mio! Esto es sujetarme á una prueba sin igual!
¿Y mi deber? ¿Y el ultraje sangriento que me hizo ayer?
Oh! y es órden terminante!
Dios de Dios!

Lola.--- Hijo del alma!

(dentro)

Enrique. --- Madre mia!

(dentro)

Soldado.--- Atrás!

(dentro)

Lola.-- Dejadme!

(dentro)

AMALIA — Primo!

(dentro)

ÉNRIQUE. — Amalia!

(dentro)

Lola.---

Blas, socorro!

(dentro)

Blas. -- Le han visto. Cielos!

Enrique.— Mi padre!
(aparecen Lola,
Amalia y Alferez y Enrique escollado por 3 soldados)

Escena octava.

Dichos, Alferez y Enrique con escolta.

Lola .--- Hijo mio!

(tratando de abrazar à Enrique) SOLDADO.---

Atrás, señora!

(rechazando á

Lola)

(a Blas)

Lola.---Y ves esto desgraciado y callas.

Blas.--- Dejad al preso solo aquí y retiraos!

(salen Alferez y escolta)

Escena novena.

Dichos, ménos escolta y Alferez.---Amalia se coloca cerca de la mesa.

Lola.---Hijo de mi corazon!
(abrazando d Enrique)

Enrique. - Madre mia!

AMALIA.--

Enrique!

Blas.— Vamos, modera tu pena Lola.

Lola.—Y te estaba preguntando por ellos, y le tenias sin decírmelo. Insensato! Y mirabas mi amargura, y contemp!abas mi llanto, y mentiste y me engañaste!

BLAS.—Por mi honor hasta hoy intacto, te juro que lo ignoraba.

Lola.—Oh! si lo hubiera dudado, solo mirarte á la cara tal vez me causára espanto.

Enrique. - Madre mia, valor!

BLAS.

Dolores!

Lola.—No, si no me falta ánimo, zy como me ha de faltar, Enrique, si te veo salvo?

Blas.—Me estás matando, Dolores!

Lola.—Dice, Amalia, que le mato, y es él el qué despiadado me desgarra el corazon.

Pero Blas destás soñando?
Si eres tú el que me asesina, impío, con torpe mano!
do ves que Enrique es mi hijo y tu eres...

Blas.— Sella el labio.
aquí, Lola, no soy padre,
y ante mi deber sagrado
no vacilo.

LOLA. — Oh! piedad! (postrándose an- si no sé lo que me hago! te Blas)

Blas.-Alza, Lola.

Lola.-- No, á tus plantas te pido que seas magnánimo! El te ofendió, mas su ultraje quizás fuese involuntario!

BLAS .--- Alza!

Lola. No, en tanto, que no le perdones, Blas, aquí me estaré araastrando; perdónale...

Amalia.— Tio, por Dios, si Usté es bueno, ¿por qué, airado al ver nuestras crucles lágrimas no las enjuga Usté humano?

. ~.

Blas.—Levanta, Lola, su injuria es imperdonable!

Amalia.— Tio! (muévelo á piedad, Dios santo.)

Lola.—La pasion te ciega, Blas, ccómo no has de perdonarlo, si dices que es tu hijo?

Amalia.— Tio

Lola.—Gracia para el desdichado! Sé generoso, Blas.

Enrique. — Madre, (levantando á Lo- que baste ya de humillaros. la) Si morir debo, á la muerte iré con seguro paso.

Lola.---dMorir tú? Era preciso matarme para lograrlo.

Enrique.—Sí, moriré, madre mia. porque al fin soy reaccionario! Tomé parte en la revuelta, y aunque morir peleando era mejor, el destino me entregó á mis adversarios. El honor de mi partido no debe quedar manchado. v verán que sé morir con firmeza. No mas llanto empañe vuestra mirada: no mas ruegos diga el labio, ni se doble la rodilla. mostrando abatido el ánimo: dejadme morir siquiera con valor!

Lola.--- Ah! desgraciado, dno comprendes que tu muerte será la muerte de ambos?

Amalia.—Ah! pero esto es espantoso; (fijdndose en la esto es un asesinato. orden que está en la mesa y tomándola)

Blas. - Amalia! Ese papel no debe estar en tu mano.

Analia.—Tia, por Dios, si es la órden...

BLAS .-- Calla!

A MALIA. ---Para fusilarlos!

Lola. --- ¿Fusilar á mi hijo? Oh! sí, (arrebatando à sí, que vengan à quitármelo, Amalia la or- que vengan, y el corazon den) verás como les arranco!

BLAS. --- Dolores!

Tigre, atrás, Lola.--atrás, ó no sé lo que hago.

Analia.—¿Y dice V. que es su padre? V. que quiere matarlo!

Enrique.—¿Que otra cosa puede hacer un liberal evaltado?

BLAS --- Alferez!

LOLA.--¿Oué vas á hacer? zpara qué le estás llamando?

Escena décima.

Dichos y Alferez.

ALFEREZ.—Mi Coronel!

LOLA.--Por piedad!

Blas.—Cállate, ó doy un escándalo! Vuelva el preso á su prision!

Lola.—Hijo mio! Blas!

BLAS.---Soy esclavo

del deber. Tio piedad! AMALIA. ---

Amalia.
Alferez.--Enrique.
Vamos

(vanse Alferez y . Enrique)

Escena décima primera.

Dichos, ménos Alferez y Enrique.

Lola.--Oh! te ciega necio orgullo!
Y te empeñas en matarlo!
Pero es mi hijo ¿lo oyes?
Es mi hijo, y ó lo salvo,
ó muero con él ¿entiendes?

Amalia.—Y va á ser sacrificado cuando el otro quizá ha muerto! Tio!

Blas.— Yo solo cumplo, no mando!

Lola.—Ya verás como el amor de una madre hace milagros!

Blas.---Dolores, dame esa órden!

Lola.—No me toques desgraciado!

Ah! Si él muere por tu culpa,

Blas, ante el cielo te emplazo!

(rase con Amalia)

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior.

Escena primera.

Cárlos, Comandante y Alferez.

Cárlos. - Estamos francos, Mayor.

Alferez.—Hasta la guardia he dejado por venir.

COMANDANTE. — Y yo agradezco la puntualidad de ambos.

Cárlos.—Si á Usté parece prudente dar un paseito.

COMANDANTE.--- Vamos; pero ántes, compañeros, con franqueza, ¿han dudado Vds. de mi valor?

Cárlos. - Diciendo que no, soy franco.

COMANDANTE .--- ¿Y Usted, Alferez?

Alferez.--- Tampoco; batiéndome de Usté al lado, siempre le miré sereno é intrépido.

COMANDANTE.--- Pues dando corta tregua á nuestro asunto, tengo que decirles algo.

Cárlos. - Hable V. mi Comandante.

Alferez.---Ansioso estoy de escucharlo.

COMANDANTE.---Despues de aquella cuestion

que provoqué, dominado por la pasion de partido, cuvo dominio tirano ciega y sofoca en el alma lo mas noble y delicado, á solas conmigo mismo se daba expansion el ánimo. Ah! Compañeros, al fin por la razon auxiliado. descorrí la fatal venda que me impedia ver claro. Y apenas la realidad me figuré, ví un cuadro tan horrible y espantoso, que me estremecí al mirarlo. Era aguí, niño inocente, mal cubierto con harapos, entre infinitos cadáveres. el de su padre buscando. Mas allá, era una madre con el traje desgarrado, rojas de pudor las carnes, de torpes miradas blanco, suelto el cabello en desórden, sin consuelo y sin amparo, llamando al hijo querido entre suspiros y llanto. Por otro lado, reñian rencorosos dos hermanos, y mas léjos habia un padre á su propio hijo matando. Una niña se veia, que no contaba trece años. en aras de la miseria hacer su virtud pedazos, y en derredor de esos grupos cuya vista daba espanto, habia ciudades desiertas y campos abandonados

y... ¿no es verdad, compañeros, qué es horroroso ese cuadro? Pensé, entónces, que nosotros somos con México ingratos, y que es una lucha impía la que locos sustentamos. Pensé que nuestros partidos á la razon escuchando, debian deponer sus ódios en un fraternal abrazo, y, en fin, en aquel momento, tanto sufrí y pensé tanto, que prometí abandonar el servicio, irme al campo, y allí vivir mas tranquilo entregándome al trabajo, si es que allí el ódio político la zizaña aun no ha sembrado. Ahora, si á Vds. parece que á otro lugar vayamos, estoy á la órden de Vds.

Comandante. — Comandanté, aquí en mis brazos quiero verlo.

ALFEREZ.— Y en los mios, mi Mayor. Los mexicanos debemos vivir unidos.

Cárlos.—Ojalá que tal hagamos,
mas me temo, compañero,
que trascurran muchos años,
ántes que el pais se vea
como queremos mirarlo.
Cada partido en el dia,
al extremo exajerado,
hace guerra sin cuartel
al que juzga su adversario.
Y es tal la exajeracion,
y ya á tal punto ha llegado,
que hasta en las escuelas cunde
la excitacion de los ánimos.

Con esa ley que no pone á la enseñanza reparo, tienen Vds. colegios de diversos doctrinarios. En Yucatan, nada menos pude conocer este año, que tôdo lo invade ahora el mal de que nos quejamos. Hay dos establecimientos, los dos, ricos de educandes, el uno, muy progresista, el otro, muy reaccionario. En el primero se enseñan principios muy avanzados, en son de liberalismo, mientras en el otro, rancios principios cursan los jóvenes, mas tambien exajerados, y así, la juventud crece dividida de antemano.

Alferez. —Pero sin salir de aquí, podemos ver los estragos que causan nuestras discordias. ¿Usté no sabe D. Cárlos?

Cárlos. -- No me esplico...

Alferez.— Entre los presorque deben ser fusilados, está Enrique.

Cárlos.— ¿Mi sobrino?

Alferez.—Sí, señor,...

Cárlos. — Fuerza es salvarlo.

Alferez.—Su padre es inexorable, dice que no dará un paso con tal fin: vea Usté si ciega la pasion.

Cárlos.— Pero mi hermano piensa así, Alferez? Oh! no.

Alferez.—Capitan: ha poco rato su esposa, aquí, de rodillas, pidió su vida y él,...

Cirlos.—
á que muera se decide?

Comandante.---Tambien, Enrique, D. Cárlos, porque no le hicieran gracia habia de nombre cambiado.

Y hoy al traerle á declarar, le conocimos.

Cárlos.— (¿Mi hermano matar á su hijo? Imposible; ya lo veré.) Siento pasos.

Escena segunda.

Dichos y Blas que entra por el fondo.

COMAN. y ALF .-- Mi Coronel!

Blas.— Compañeros,
buenas tardes. Cuando juntos
y en esa hermandad los veo,
supongo que aquel negocio
se terminó. Lo celebro,
porque á la severidad,
encontrábame dispuesto.

Comandante.---Señor, franca esplicacion tuvimos, y tal efecto nos ha causado, que todos pronto tal vez, pediremos nuestras bajas.

Cárlos.— Así es:
ya estamos hartos de vernos
haciendo correr la sangre,
que en nuestras venas tenemos.
Nos repugna ver al hijo

ir contra su padre ciego, y ver á padres, que olvidan tambien el amor paterno, y ya verás, Coronel, si tales horrores vemos, nos parece lo mejor separarnos, así al menos, aunque las cosas sepamos las sabremos desde... léjos.

BLAS.—(Lo sabe ya.) Bien, Ustedes lo harán, pero este momento no me parece oportuno. Quizás volvamos á vernos obligados á batirnos en breve, y juzgo mas cuerdo esperar que esto termine, sin realizar sus deseos.

COMANDANTE. --- Dice bien mi Coronel, á que esto acabe esperemos, antes de solicitar nuestras bajas del Gobierno.

Alferez. -- Lo encuentro muy acertado.

Blas.—Tal vez tambien compañeros, abandone la carrera.

Tambien en mi ánimo encuentro algo que me predispone con el servicio; no puedo ver ciertas cosas que pasan, y que, á la verdad, lamento, y pues al mirar el mal, no puedo dar el remedio, me separo y se acabó.

Pero al servicio volviendo, vea Usté, Mayor, que se aliste para formacion el cuerpo.

COMANDANTE. --- Con permiso.

(váse)

vaya á ver si ya los presos, como mandé, han recibido los auxilios que pidieron.

(våse el Alferez)

Cárlos.—Coronel, te quiero hablar.

Blas.—Cárlos, mas tarde hablaremos.
Avisa ántes que si vuelve
Lola, y quiere ver al preso
ó hablarme, que la permitan
pasar.

(váse) Cárlos.— En el acto vuelvo.

Escena tercera.

BLAS solo.

Dame valor, corazon, en ésta lucha fatal, en que se hallan, por mi mal, el orgullo y la razon. Modera la desazon que en mi pecho se desata, y pues la justicia trata de quitarle la existencia, dí que es justa esa sentencia que por rebelde le mata. Mi hermano lo sabe va y dice que quiere hablarme; tambien vendrá á suplicarme, tambien le defenderá. Pero su crímen sabrá, y tal vez horrorizado, le pese haber intentado salvar al hombre que aleve. contra un anciano se atreve

de toda virtud privado. Lola volverá quizás; es madre y no ha de querer ver á su hijo perecer. Ten valor! sé fuerte, Blas: y pues tu rostro jamas ofendió mano altanera. si quiso el cielo que fuera Enrique el que lo afrentara, esta afrenta de tu cara no se borra, sin que él muera. Y cuando la vida pierda por mi rencoroso encono, si á la muerte le abandono, anada habrá que me remuerda? Si alguna ocasion recuerda esa muerte el corazon, ¿cederá la desazon en que me hallo, por mi mal, en esta lucha fatal del orgullo y la razon?

Escena cuarta,

Blas y Cárlos que llega.

Cárlos — Cumplí tu órden, y deseo hablarte, Blas.

BLAS.-

Ya te escucho.

Cárlos.—En este sitio, há un momento apenas, Blas, he sabido, que se encuentra entre los presos mi sobrino Enrique.

BLAS.-

Y bien?

Cárlos.—Como ya falló el consejo y deben ser fusilados, salvar á Enrique deseo, si á los demas no es posible, aunque tal intencion tengo. A eso he venido.

BLAS.-Me esplico querido Cárlos, tu empeño. Pero quizá cuando sepas...

Cárlos.—Blas, ignorarlo prefiero. Sé que Enrique es mi sobrino. que á la muerte le hallo expuesto, que mi deber es salvarle, y que con ese fin vengo. Sé que esas ejecuciones, encienden mas ese fuego que nos exalta y nos lleva á estar arruinando á México. Eso es todo lo que sé!

Blas.---Capitan: un prisionero no encuentra amparo, ni abrigo sino en la ley; y si es reo y á la muerte le condena, Cárlos, su fallo severo, todos deben acatarle con religioso respeto. Ese desgraciado es mi hijo, y aunque su desgracia siento. es culpable y morirá.

Cárlos.—Hermano, te estoy oyendo, y dudo de que ahora goces de tus facultades. Creo que un padre que así se espresa, ó está loco ó está ebrio. Que la pasion nos ofusque, que nos llegue á poner ciegos, y olvidemos al amigo, y hasta al hermano olvidemos, me lo esplico, puede ser; pero que mate el afecto del padre al hijo, que pueda llegar á tanto su imperio,

que sofoque la conciencia... la verdad, Blas, no lo creo. ¿Qué cuenta darás á Lola de su hijo? México entero dirá que fuiste verdugo de tu sangre: Blas, te ruego que pienses, que reflexiones: si tu pides al Gobierno su vida, te la darán, y pues siempre fuiste bueno, sélo ahora con Enrique y á su pobre madre vuélvelo.

Blas.---Enrique, hermano, no solo de la rebelion es reo. Ese jóven, Capitan, á toda virtud ajeno injurió mis canas.

Cárlos.— ¿Cómo?

Quizá al verse prisionero
te dijera desahogos
de partidario, pero eso
conven que hasta tu lo hicieras
en su situacion, y luego,
hijo que al verse en desgracia,
sabe mostrarse sereno
en defensa de los suyos,
merece amor y respeto.

Blas.—No, Cárlos, su falta es grave, muy grave.

CARLOS.— Pues no comprendo.

BLAS.—Escucha.—Hace dos dias, cuando los tiros nos dieron á conocer el motin, Enrique, por la ira, ciego, alzó contra mí la mano.

Cárlos.—Oh! no sigas, no te creo!

Blas.—Cárlos, por mi honor te juro

que es verdad. Escrita llevo en mi rostro tal afrenta; y si justicia no me he hecho yo mismo, fué porque á Lola tuve que guardar respeto.

CARLOS. --- Pero eso, Blas, es horrible!

Blas. -- Es horrible, pero es cierto!

Carlos.---Pues hijo que á tal se atreve, infunde horror y desprecio. Que muera, Blas; que su muerte es el castigo del cielo.

Blas.---Te dejo un momento, hermano, voy á Santa Inés.

Cárlos.--- Te ruego
que lo reflexiones mucho;
aun me resisto á creerlo
capaz de tal villanía.
Blas.—A mi vuelta nos veremos.

(váse)

Escena quinta.

Cárlos solo.

¿Dirá la verdad? Infeliz!

ó es su corazon de piedra,

ó ha perdido los sentidos!
¿Un hijo hacer tal afrenta
á su padre? No es posible!
Aunque de virtud se pierda
todo escrúpulo, y el alma
á lo mas infame ceda,
no, no hay un hijo capaz
de accion tan vil y rastrera!
Luego su hijo es reaccionario;
y hasta sus propias ideas
no le hubieran permitido

tal desacato.--La guerra civil exaspera tanto los ánimos, que nos lleva muchas veces á juzgar realidades las quimeras. No puede ser! y ademas, aunque el Gobierno condena á esos cinco desgraciados á morir, quizá se pueda salvarlos. Lo tentaré: Blas, con mi palabra cuenta, pero si el Gobierno indulta, nada que decir le queda. Voy á palacio corriendo, como al Presidente vea, seguro es que salvarán. Voy pues, que la Providencia. al ver mi sana intencion. me avude en mi noble empresa. Si Blas me ve dirijirme á palacio v se sospecha... saldré por allí --- Ojalá le encuentre en la presidencia!

(váse)

Escena sesta.

Lola y Amalia que llegan.

Lola.—Tal vez tardará! Las dos siempre solas y llorando!

Amalia.---Dios, tia, nos está probando.

Lola. -- Crueles pruebas pide Dios!

Amalia.—En su omnipotencia suma es sosten del aflijido.

Lola.—Pero si un hijo le pido y f tal dolor me abruma! Al estender la mirada en pos de ansiado consuelo, llego á fijarla en el cielo, y ni en él encuentro nada! En mis terribles querellas de la esperanza al trasluz, pido á las estrellas luz y se opacan las estrellas! Y luz les pido por guia en este caos espantoso. luz que al pecho de mi esposo á penetrar llegue pía! Luz, que reflejando luego su irradiar sobre aquella alma, á mí me vuelva la calma, y él mire que estuvo ciego. Ya ves que es poco querer de quien tanto puede dar! y mira, me hace llorar, sin quererlo conceder.

AMALIA. —Tengamos ambas valor al luchar contra la suerte, y oponga el ánimo, fuerte resistencia á su dolor! Miro vuestro padecer y comprendo que es horrible!

Lola.—Sin ser madre, no es posible que lo puedas comprender!
¿Sabes tú lo que es vivir con el pensamiento fijo en que quizá ha muerto un hijo, cuando el otro va á morir?
Qué has de saber, desdichada!
Si tal dolor conocieras, si de dos hijos te vieras para siempre separada, no pensaras en tener fuerzas en tan fiera lucha: esa desventura es mucha y es muy débil la muger!

AMALIA —Y la que madre se vió. y quiso el destino airado arrebatar de su lado al hijo que vida dió. la que loca y delirante, conocerle demandaba y su angustia devoraba en un martirio incesante, la que por su hijo penando, mira á su amante morir, sin que lo pueda decir, sus dolores desahogando: la que vió rotos los lazos que su ventura formaban, y sintió que le arrancaban el corazon á pedazos, apodrá ánimo tener en tan espantosa lucha? Esa desventura es mucha v la sufre una muger! Ústé á su lado los vió, y su sonrisa primera, cariñosa y placentera con sus labios recojió; pero vo que no le ví, ni al nacer de vida lleno, y por llevarle en mi seno supe que su madre fuí...! Al ver ese padecer inmensurable y horrible, ¿crée Usted que no es posible que lo pueda comprender?

Lola.---¡Pero tú tanto has sufrido?

Tú, tu martirio ocultando
supiste vivir llorando
y tu duelo has resistido?
No, Amalia, miente tu boca
al decir tal impostura:
si contra tanta amargura

no basta un pecho de roca! Tu mente tal idea fragua porque mi dolor la arredra, y olvida que hasta una piedra la llega á romper el agua! ¿Cómo si tú, dia á dia, sin esperanza llorabas. tu dolor nos ocultabas devorando tu agonía? Dime, si sufriendo tanto pusiste á tu duelo un muro, y era tu pecho tan duro que no lo ablandaba el llanto! A resistir no es bastante. Amalia, dolor tan fiero. tener el alma de acero y el corazon de diamante.

AMALIA.—Es que yo, cuando lloraba, mi propio llanto bebia, pues cada lágrima mia mi deshonra publicaba.

Y hoy que le quieren matar, mi duelo á mi honor invoca, y aunque llega hasta la boca aquí se vuelve á encerrar!

Lola.—Calla! Calla, desdichada, y no reveles jamás tu situacion. No, que Blas, Amalia, no sepa nada. Calla si tu amor alcanza á apurar mas negra hiel; si lo llega á saber él, perdemos toda esperanza!

Escena sétima.

Dichas y Cárlos, que llega por la izquierda.

Lola.---Ah! El cielo nos le envía
(al ver à Cárlos) en nuestra amargura inmensa!

Cárlos.—Tenga Vd. valor. Dolores, tenga fé en la Providencia. que una madre, cuando llora, no hay alma que no enternezca!

Lola.—Se salvará? no es verdad? Usté no querrá que muera el infeliz!

Cárlos.--- Y no pude llegar á la presidencia.

Amalia.—Oh! sí, tio: Usted es bueno!

Lola. —Y no ha de querer que pierda este tambien; es el único que el cielo, Cárlos, me deja!

Cárlos. -- Desdichada! Pero y Pepe?

Analia.—No sabemos de él: se cuentan mil cosas, y hasta asegurau que ha muerto por Balvaneras.

Cárlos. -- (Pobre madre!)

Al ver mi duelo, al considerar mi pena, al mirar que me abandonan para resistir las fuerzas, hará Vd. que lo perdonen, que salve, que me lo vuelvan, ¿no es cierto?

Cárlos. -- Su mismo padre es el juez que le sentencia.

Lola.—Ah! qué horror!

AMALIA. — Pero mi tio no hace justicia, se venga! Y no hay en el mundo ley que haga juez al que desea ser verdugo, y, para serlo, á su víctima condena.

Lola.—Y que Blas no está en su juicio: infernal rencor le ciega:

Son enemigos; los dos siguen distinta bandera, y la pasion de partido hace que á su hijo aborrezca.

Cárlos.---No: le acusa de una culpa que es horrible siendo cierta! Dice que Enrique ha llegado á infamarle... Hasta mi lengua se resiste á repetirlo.

Lola. -- Y Enrique lo hizo en su propia defensa.

Amalia.—Pero no fué intencional!

Lola.-Fué que al levantar la diestra...

Cárlos.—¿Luego es cierto? ¿Pudo el hijo, pisoteando su conciencia infamar así á su padre?
Hijo que tanto á hacer llega no merece ni esas lágrimas, porque hasta ellas lo condenan.

Lola.-Si no tuvo la intencion.

Amalia.—Oyó victorear su idea...

Lola.---Y Blas ciego por la cólera...

Amalia.—Le trató con tal dureza que Enrique lo rechazó.

Lola.—Y esa podrá ser ofensa, pero no para morir.

Cárlos.---El parricida, en la tierra, debe morir!

Lola.-- Parricida!
(indignada) d'Enrique d'Mi hijo? El que mienta
con ese descaro infame,
con tan cínica impudencia,
ni es caballero, ni tiene
de virtud siquiera idea!

Cárlos. -- Señora!

AMALIA. Tia!

LOLA.--Capitan, ya mis lágrimas se secan, y mis fuerzas se reaniman, y mis labios no se quejan. Ya del pobre corazon los latidos se violentan. v mi espíritu abatido se alza con terrible fuerza! Ya no me importa que Enrique en el patíbulo m vra, que lo maten, si eso quieren, dándole una muerte lenta, que prolonguen su agonía, que lo hagan en mi presencia, ni me han de oir una súplica ni he de mostrarles flaqueza...! pero que alguno procure que todo el mundo le vea con horror despues de mucrto, y le ódie y le aborrezca, no lo puedo tolerar, y al que á decirlo se atreva ante mí, no sé yo misma

Cárlos.---Dolores!

Lola.--- Oh! mis palabras
quizás estrañas parezcan;
pero las dice una madre
que en salvar á su hijo piensa.
Culpable Enrique seria,
si con intencion siniestra
hubiese alzado la mano
contra Blas. Yo misma fuera
entónces su acusador;
pero él no tuvo esa idea,
no, Cárlos: le han educado
haciendo que altivo sepa

todo lo que hacer pudiera!

evitar humillaciones y no prestarse á bajezas. De tu padre abajo, evita que te humillen y te ofendan, y nunca inclines cobarde ante nadie la cabeza. Eso le enseñó su padre, justo es que el hijo obedezca.

¿Y no le maldijo? ¿Cuántas son al delito las penas? Su maldicion le dió aver: hoy aquí quiere que muera, y por castigar la culpa, castigará la inocencia; porque yo, Cárlos, soy madre, y no le ofendí. Siquiera por evitarme mas duelos. debiera sentir clemencia. Perdona el cielo al mortal una vida, toda llena de crímenes, si en el alma al fin la contricion lleva: y si Dios tanto perdona, por qué la humana miseria, no ha de perdonar?

Cárlos.— Oh! sí: (quiná Blas tradujo ofensa una accion involuntaria, y como su alma está ciega...)

LOLA.—Sí, Capitan: á salvarle corramos; que no perezca, que su muerte no es justicia, sino venganza cruenta!
Está loco Blas! Mañana, cuando en él la pasion ceda, verá con horror su muerte.

Amalia.—No permita V. que muera, tio Cárlos, sálvele Usté.

Cárlos.—Amalia, la Providencia solo le puede salvar.

Voy á hacer que Blas suspenda la ejecucion un instante: lo puede hacer; si se niega, es que ya su alma, Dolores, vive al sentimiento agena.

Luego volveré á palacio y quizás... El tiempo vuela, aun nos queda media hora.

LOLA.—Cielos!

Amalia.— (Señor, dame fuerzas!)

Cárlos. —Pero antes de que me vaya,
debo cumplir la promesa
empeñada á un moribundo.
El padre de Amalia, cerca
de sus últimos momentos,
me entregó esta carta. A ella,
me dijo, la entregarás
en su mano, cuando sepas
que está en peligro, de Enrique,
mi sobrino, la existencia.
Aquí está, Amalia, esa carta,
y quiera el cielo que sea
bálsamo consolador.

(se la da)

AMALIA. -(Siento que mi mano tiembla!)

Cárlos.—Dolores, vuelvo á palacio.

Lola.—Dios le guie.

Cárlos.— Que él quiera que al volver traiga la paz de todos, Lola!

(váse)

LOLA.

Así sea!

Escena octava.

Lola y Amalia.

Lola.—No sé por qué la esperanza de nuevo en mí ser renace! Suspender la ejecucion... quizás todavia se salve!

Amalia. -Ah!

Lola.— ¿Qué es eso, Amalia?

Amalia.--Esto es horrible, es infame! Mi vista se niega á leer estas letras...

CMas pesares
querrá darnos el destino?
Oh! dame esa carta, dame,
que yo tendré mas valor!
Vírgen Santa!

(leyendo)

« Amalia, sabe que tu hijo vive, y está en la casa de su padre. Cuando esta carta te entreguen ha de ser, para él, ya tarde, y morirá sin tener el placer de acariciarle. Sea feliz el que cumplió mis órdenes, y ayudarme supo bueno en mi venganza. Cuídale tú, y que no saque ideas contrarias á mí. Hoy te perdona.—Tu padre.»

Amalia. — Manuel es mi hijo, y parece cuando impíos van á quitarle el amor de Enrique!

Lola.— Es cruel
este modo de vengarse!
Sembrar deshonra, sufrirla,
por no transijir! Infames!

Analia.—Voy ese niño á buscar para llevarlo á su padre, que le conozca siquiera al morir.

Lola.— Es amargarle su última hora, Amalia.

Amalia. - Tiene Usté razon!

LOLA.--- Mas vale que muera sin conocerle, si ha de morir.

AMALIA.—

V., tia Lola; ahora mismo
el cielo acaba de darme
una inspiracion; voy, tia,
por ese niño al instante,
y despues iré á palacio
con él...

LOLA.— Para deshonrarte!

AMALIA.—-¿Y qué me importa, si á un hijo llego á devolver el padre?

Voy, y que el cielo me ayude.

(váse)

Lola.--Vé, Amalia, y que Dios te ampare!

Escena novena.

Lola sola.

Señor, tú que lo imposible alcanzas omnipotente! Tú que miras mis dolores y que remediarlos puedes, dame el sosiego del alma, haz que mi martirio cese, ó quítame de este mundo si sola en él he de verme! Por tu voluntad fuí madre, sé á mi súplica clemente, y vuélveme mis dos hijos y la paz del alma vuélveme Hazlo, piadoso Señor, y si que los pierda quieres, pues por mí vida tuvieron, dame por ellos la muerte!

Escena décima.

Lola y Blas, por el fondo.

- BLAS.—Sola y aquí! Desdichada!
 Al verla llorar cuitada
 su sufrimiento me aterra!
 Cuanta amargura se encierra
 en su acento, en su mirada!
- Lola.—En mi desventura, al cielo, que de nuevo te halle, plugo: d'Vienes á darme consuelo, ó vienes con torpe anhelo á ser de mi paz verdugo..? Si Dios al perdon inclina su justicia soberana, apor qué la de aquí asesina?
- DLAS.—Porque la de aquí es humana, y la del cielo es divina!
- Lola. --- En su poder infinito,
 Dios nunca á la humana grey
 matar al hombre ba prescrito:
 que dar la muerte es delito
 hasta en nombre de la ley!

BLAS.—Si Dios cual ninguno fuerte
y á quien sin igual contemplo,
esa culpa nos advierte,
¿por qué al hombre da el ejemplo
de dar al hombre la muerte?
En su justicia infinita
y de su poder en nombre,
lo manda su ley bendita!

Lola. -- Dios esa vida que quita
primero se la da al hombre!
Y si tu labio me arguye,
es que olvida tu razon,
que quien lo ageno destruye,
si despues no restituye,
es culpable y es ladron!
Tú, de la venganza en pos,
tomas de justicia el nombre,
sin ver, en bien de los dos.
que hay menos de Dios al hombre
que lo que hay del hombre á Dios!

Blas.—Si tanto tu labio puede á mis razones argüir, Lola, te debo advertir, que en el mundo no sucede lo que Dios quiere impedir!

Lola.---Sella el sacrílego labio y no blasfemes impío, que Dios es justo y es sábio, y no quiere el desvarío que hace á la razon agravio. Si formada esta nacion, Dios la permitió llegar á gloriosa redencion,-dquerrá verla agonizar en contínua convulsion? dEl, acaso, al mundo envió ese inicuo y torpe afan que en vosotros germinó?

No, Blas, Dios no lo crió; esa es obra de Satan! Irán los campos talando, y estará el poblado ardiendo, y el padre al hijo matando, é irán á Dios invocando, cuando le están ofendiendo! Y discordes, divididos, en fiera lucha tenaz, esclavos de los partidos, no ven que viviendo unidos darán á México paz!

Blas.—Si México no es dichoso, será porque Dios lo mande!

Lola. – Lo que Dios quiere piadoso, es que México sea grande, y feliz y poderoso!

A un abismo le llevais diciendo que le quereis, y mas y mas os cegais, y nunca su muerte veis, siendo los que le matais.

Blas. —Por salvarle de ese abismo, mi vida y aun mas le diera, que no me falta civismo!

Lola.---¡Y desde cuando una fiera ha tenido patriotismo? Quien su patria sabe amar para defenderla, fuerte, si á su hijo ve matar, no puede ni vacilar en salvarlo de la muerte! Y tú le verás morir sin luchar por su existencia, aunque me has visto sufrir; que has olvidado sentir ó te falta la conciencia!

Blas.---En tu maternal afan

ha olvidado tu memoria, que los hombres gloria dan al que se iguala á Guzman con fortaleza notoria!

Lola.---No, Blas! Si bajo ese ideal juzgas tan heróica hazaña, sabe que Guzman fué leal; llevaba la honra de España en la punta del puñal!
Su enemigo el sarraceno, á Tarifa hizo crisol de su honra; y si fué büeno, fué porque supo sereno, salvar el nombre español!
Y la pluma y el buril y el pincel le dan renombre por su hazaña varonil, mas si conquistó tal nombre, no fué en la guerra civil.

Blas.—Haré lo que Guzman, yo, que soy del deber esclavo.

Lola. — Mas tu memoria olvidó que, piadoso, perdonó á sus enemigos, Bravo! Y aunque el recuerdo no cuadre á tu exaltada pasion, le habian muerto á su padre, y no fué ninguna madre à pedirle compasion. Que si Bravo á una muger, pidiendo á su hijo, abatida, hubiese llegado á ver, por no verla padecer la hubiese dado la vida. Y pues en tu torpe afan eres del deber esclavo para imitar á Guzman, piensa que viéndote están los descendientes de Bravo!

Y piense tu corazon, y recuerde tu memoria, que estraviada tu razon, vas buscando en nuestra historia el renombre de Neron.

(se oyen las seis) Ah! es la hora fatal:
Cárlos no viene! De fijo
va á morir! Dame á mi hijo!
De tu compasion lo exijo!

BLAS. - Es rebelde y criminal.

Lola.—Sálvalo tú, Vírgen santa, Amalia... Cárlos!... la muerte... Mis hijos, Blas!

BLAS.— (Oh! me espanta verla en amargura tanta.)

Lola. - Sé piadoso.

Blas.--- No: soy fuerte.

Lola.---Muera pues: con entereza
oiré la descarga infame!
Mas cuando el cielo te llame,
caiga sobre tu cabeza
la sangre que se derrame!
Le llevan à morir?

Blas.— Sí

Lola.—No serás piadoso?

Blas.--- No.

Lola.---Dame una esperanza.

Blas.--Oh!

Lola.—Pues bien, Hévame de aquí donde morir le vea yo. Halle mi dolor por dique mi voluntad inflexible! Pero los dos? Es horrible!

(aparecen Pepe, Ah! mis hijos! Pepe, Enrique, Enrique, Ama- Amalia, Manuel! Bendita lia, Manuel, y tu justicia omnipotente! Carlos)

Bendita sea tu clemente

misericordia infinita! Aquí en mis brazos; por Dios, la alegria me sofoca. Oh! me voy á volver loca: sanos y salvos los dos!

Pepe. - Padre!

Blas. - Hijo, aquí, á mi lado!

Lola.—Detente! ese derecho no tienes. Con lo que has hecho á ser padre has renunciado!

BLAS. - Dolores!

LOLA.— ¿Cuando querias matar á Enrique, pensaste en el otro, y le lloraste, porque muerto le creias?

No. En tu venganza fatal matar al uno deseabas, y por matarle, olvidabas que nos faltaba otro igual!

(poniendo à Enri- À hí le tienes, Blas. Sé fuerte que frente à Blas) y hazte justicia cumplida. En la tierra, al parricida se castiga con la muerte!

Enrique.—Perdon, padre!

(de rodillas)
BLAS.—

Hijos del alma!

(los abraza)

Lola.—Ahora sí lo has merecido!
Cárlos.—Ah! su conciencia ha vencido!

Amalia. - Y á todos nos da la calma!

LOLA. --- Ya que la bondad divina puso á nuestro duelo dique, Blas, te pido para Enrique la mano de tu sobrina.

Blas .--- Aquí está.

Amalia.--- Enrique amado!

ENRIQUE .- Vida mia!

Blas.— Mas saber quiero cómo ha sido esto...

LOLA.

Yo espero...

PEPE. - Les diré lo que ha pasado. Saliendo de casa antier con V., en Balvaneras, eran tantas las carreras. que tambien dí yo á correr. Ya separados los dos. sin saber como, ni cuando. al fin me vine encontrando en frente à San Juan de Dios! Los pronunciados allí reuniéndose, pretendian ver si á palacio batian con éxito: yo lo ví; á palacio regresé descubriendo aquel compló. y palacio se salvó, y yo fuí quien lo salvé. De allí no salí ya mas, y hoy de buscarlos trataba. cuando á tio Cárlos hallaba, v él les dirá lo demas.

Cárlos.—Por una casualidad
lo supe todo, y corrí,
y al Presidente pedí,
para este pobre, piedad!
El Presidente me oyó
llorando, y en el instante,
me envió con un ayudante
que á los cinco libertó.
Al venir, casi al llegar,
á esta niña con Manuel
hallamos, y al ver á aquel,
empezó ella á gritar.
Cállate, mi labio dijo,

si ya está salvado Enrique, y sin que yo me lo esplique, dijo ella que este era su hijo. Tabrazándose los dos, y ambos al niño besando, echamos á andar, llorando, y dando gracias á Dios.

BLAS .--- Su hijo!

LOLA.-- Su hijo querido, tambien víctima inocente de ese torpe é inclemente espíritu de partido.

(le da la carta) Toma y lée.

Blas.-- Pero es horrible!

Lola.—Ya ves, Blas, á lo que llega esa pasion, cuando ciega con su influencia terrible.

BLAS.—Oh! no mas vacilacion!

En nuestra casa desde hoy
no hay partidos; á hacer voy
al punto mi dimision.

Todos en paz viviremos,
sin que nuestra paz se altere.

Lola.--Así mi pecho te quiere.

Amalia. - Así felices seremos.

Cárlos.—Tu propósito contemplo como imágen de mi idea.

Enrique.—Que nuestra familia sea, para las demas, ejemplo.

Pepe.—No mas rencor, ni odio mas: todos á vivir unidos.

Analia.—Y no vuelvan los partidos á separarlos jamas.

Cárlos.—Tampoco quiero mas guerra: me separo.

Lola.— ¿Usté tambien?

CARLOS .--- Quiero contribuir al bien v á la paz de nuestra tierra. Vivamos todos hermanos. si hermanos hemos nacido. y ya no haya mas partido que el de buenos mexicanos. Salve México el abismo que tiene abierto á sus piés, y empiece el desinterés, v acabe el aspirantismo. Y la mexicana grey sin reaccionarios, ni rojos, tenga siempre ante los ojos la libertad y la ley. Prospere la agricultura, brillen las artes al fin. v de uno al otro confin del mundo en que el sol fulgura, vean que México ha llegado á la cumbre de su gloria. y que no queda memoria. de otro tiempo desgraciado. Y con afan sin segundo siempre de la gloria en pos, nos vea con agrado Dios, con admiracion el mundo!

Lola.—Al mirarnos tan ufanos gritar quiere el corazon.

BLAS. -- Pues grita!

Lola.— Viva la union de todos los mexicanos!





TABLAS POPULARES

DE REDUCCION

DE LAS

PESAS Y MEDIDAS ANTIGUAS

DE

SEVILLA Y CASTILLA

Á LAS LEGALES DEL SISTEMA MÉTRICO DECIMAL,

POR

D. CAMILO LABRADOR Y VICUÑA,

VOCAL DE LA COMISION PERMANENTE DE PESAS Y MEDIDAS..



IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS, calle de San Mateo, núm. 5.

1868.



54 300 Æ i corres mulio